

predecesores. Para hacer un gobierno eficaz era necesario, pues, restringir la libertad. Balmaceda lo intentó al pretender poner en vigencia, sin resguardo de las formas constitucionales, el Presupuesto de 1890 durante 1891. El Congreso, herido, y los partidos políticos, que custodiaban la Constitución como vestales, conquistaron el apoyo de la Escuadra y la guerra civil estalló. Los revolucionarios defendían la libertad y acusaban a los gobiernistas de pretender entronizar la dictadura. Los gobiernistas (es decir, los partidarios de Balmaceda) se amparaban en el criterio de la eficacia gubernativa, ante la cual necesariamente desaparece o se reduce mucho la libertad. El triunfo de los primeros maniató durante varios lustros las iniciativas del Presidente, que en algunos períodos pareció monarca constitucional, no porque reinara sino porque no gobernaba.

Todo esto prueba que la oscilación entre la libertad y la eficacia del Gobierno es una buena fórmula para explicar las vacilaciones de la vida política americana y para entender —y ennoblecer un poco— la vergüenza de las revoluciones, dictaduras, alzamientos populares, caudillismo, bandidaje disfrazado bajo ideales, que forman la trama de la vida pública en América a lo largo de los siglos XIX y XX. El capítulo IX de este libro, titulado *En busca de gobierno eficaz*, debe ser leído atentamente por cuantos quieran estudiar la realidad americana y trazar a costa de ella alguna conclusión validera. Allí el autor reúne los hilos dispersos, mezcla agudas referencias

históricas, de España y de América, y esquematiza en pocas líneas y con grande agudeza lo que le interesa dejar establecido. Finalmente, para que el cuadro no parezca demasiado sombrío y para que los americanos no repudien el libro, el autor dedica un capítulo final de loa a las excelencias del futuro de América. Posiblemente el autor sienta también, con lealtad, algunas de esas expresiones. Entre los propios americanos hay muchos que las agradecen porque la educación así lo manda, pero que no engañan con ellas.

El libro de Cecil Jane es muy interesante, y su lectura viene oportunamente a poner en claro algunos de los problemas más angustiosos de la vida americana (Chile no es una excepción; este papel privilegiado pudo mantenerlo sólo hasta 1924, y la intervención de las fuerzas armadas en la cosa pública lo ha anulado hasta el presente y promete seguir anulándolo para el futuro próximo).—*Raúl Silva Castro*.

DANTON, por *Hilaire Belloc*.

No debemos considerar propiamente como biografía novelada la vida de Danton (1) escrita por Hilaire Belloc. Carece de la amenidad y del interés dramático que tienen las biografías escritas por Maurois, Ludwig, Zweig, etc. Y ello es explicable. La vida de Danton, en su aspecto íntimo y emocional, es opaca; su actuación política fué clara y breve; su espíritu, recto e irreductible.

(1) DANTON.—Hilaire Belloc. Editorial España.

Por eso, Belloc estudia a Danton en función del ambiente convulsionado en que actuó; analiza el medio social; la situación política de Francia de fines del siglo XVIII, y las causas que generaron la Revolución. Belloc no pretende deleitarnos con una vida inquieta e inquietante, de claros y sombras, cuya variedad y peripecias azusa nuestro interés, como la intriga de una novela que nos retiene hasta el desenlace.

Esta biografía es la obra de un estudioso que escarmenta las fuentes primeras a fin de presentarnos a su biografiado en sus rasgos más exactos; y para convencernos de ello, acude a menudo a las notas que indican las fuentes de su información, quedando así establecida la honradez de su labor.

La impresión definitiva que nos deja la figura de Danton tal como la enfoca Belloc, es muy distinta a la que nos habíamos representado a través de los manuales de historia. Acaso el concepto de ogro y sanguinario—émulo de Marat y de Robespierre—que de él nos habíamos forjado, se debe al retrato de su físico; en verdad, Danton era un hombronazo de cara ancha y facciones toscas, acentuando la fealdad de su rostro las escarificaciones dejadas por la viruela. Por su físico y por su espíritu, recuerda a Mirabeau, quien, como él, en medio a la tempestad que desencadenara la pasión revolucionaria, propuso medidas y prácticas conducentes al equilibrio social mediante el establecimiento de instituciones democráticas.

De las figuras revelantes de la Revolución es, Danton el que mejor

encarna el espíritu práctico y aburguesado del pueblo francés; sus discursos, en el que no encontramos citas clásicas (Danton poseía una amplia cultura humanista) y sólo un uso moderado de la metáfora, van directos al alma del pueblo. Aboga siempre en favor de reformas democráticas, luchando contra los moderados y deshaciendo las componendas. Su figura política representa la antítesis de la de Fouché, el político que actúa en las sombras sin adoptar jamás una posición definitiva. Danton fué por excelencia el tribuno del pueblo, que recogía la «voz de la calle» para hacerla vibrar vigorosa en el Club de los Cordeliers, primero, y en la Asamblea Nacional después. «Poseía—dice Belloc—una gran capacidad de organización rápida y una penetración que le permitía aplicar la diplomacia a todos los problemas a medida que se presentaban». Estas palabras nos demuestran que Danton no era un demagogo que pretendiera gobernar con frases, que ello bien podría suponerse dadas sus excelentes condiciones de tribuno.

Reclamaba Danton insistentemente el establecimiento de un gobierno fuerte y de un organismo que tuviese a su cargo el aplicar sanciones a los que pretendieren torcer el espíritu de la Revolución. A su instancia se estableció el Comité de Salud Pública; fué él quien creó la Dictadura. Pero la pedía no para usufructuar de ella, sino porque la situación exigía estas medidas radicales y urgentes, y sólo con un carácter transitorio. Mas otros serían los que usufructuarían mañosamente de tan-

ta autoridad y fueron precisamente los peores ciudadanos los que ejercieron de ella sin medida. Hecho histórico éste que nos recuerda algo análogo acontecido en nuestro país con igual carácter de deslealtad, pues hemos visto no hace mucho que la Constitución Política, promulgada con la más sana intención reformadora, fué puesta en ejercicio por uno que abusó de ella sin comprenderla, volviéndola en contra de su propio generador. Tal el caso de Danton, creando el Comité de Salud Pública para ser luego condenado a la guillotina por el propio Comité.

No tardó Danton en darse cuenta exacta de que se estaban cometiendo los mayores excesos e hizo lo humanamente posible por evitarlos, pero todo fué inútil. Sus energías disminuyeron, su espíritu se abatió. Volvió a Arcis, su tierra natal, y ahí en contacto con la naturaleza y el buen campesino francés siente recuperar sus energías, para pronto reanudar la lucha en París. Sabe Belloc, al referirse a este hecho, impregnar sus páginas de la misma dulzura bucólica que experimentara Danton en su vida provinciana y campestre, suavizando con ello la evocación tremebunda que hace de los días sangrientos del Terror, hasta que vemos al propio Danton arrollado por la máquina que él había montado. El patetismo que rodea la muerte de Danton, a través de la evocación de Belloc, mue-

ve hasta el recollo de nuestros sentimientos en una crispación dolorosa. Al atardecer del 5 de Abril de 1794, cuando los últimos rayos de un sol de primavera se quebraban en una diversidad de colores sobre las tersas aguas del Sena, una carreta con un grupo de revolucionarios cruzaba el río camino a la guillotina. Contemplemos con Belloc ese viaje a la muerte. «Danton estaba en pie, imponente y silencioso entre ellos, Con un hombro tocaba a D'Eglantinen y con el otro a Desmoulins; sus almas se reclinaban sobre su cuerpo. Su presencia confortó a todos sus amigos y contuvo sus arrebatos». Mas de súbito un arranque de cólera le hizo perder su serenidad; es que había visto la casa de madame Duplay, donde vivía Robespierre. «Allí—dice Belloc— oculto tras las ventanas estaba Robespierre. Y todos volvieron hacia ella sus ojos pronunciando a gritos la sentencia que algunos dicen que Dios ha ejecutado: que fuese destruída y desapareciese sin dejar rastros». Danton, con mirada desafiante, contempló por última vez la multitud que tantas veces había dominado con el fervor de su palabra sincera, y, cuando las sombras se hacían densas, como un hombre, colocó su cabeza sobre la guillotina, y como de hombre nos llega su figura a través de las páginas cordiales de Hilaire Belloc.—  
*Milton Rossel A.*